

PARROQUIA Y DOMINGO

(De “El carácter misionero de las parroquias en un mundo que cambia”. Nota Pastoral de la Conferencia Episcopal Italiana. 30 de mayo de 2004, cf.n 8. Traducción de Ildefonso Fernández)

La vida de la parroquia se centra en el día del Señor, y la Eucaristía es el corazón del domingo. Guardemos pues el domingo, y el domingo nos guardará -a nosotros y a nuestras parroquias- orientándonos en el camino, y alimentando nuestra vida.

Tres objetivos para nuestras parroquias:

Defender ante todo el *significado religioso*, pero también *antropológico, cultural y social* del domingo. Se trata de ofrecer oportunidades de experiencia comunitaria y de expresiones festivas, para liberar a las personas de una doble esclavitud: la absolutización del trabajo y de la economía, y la reducción de la fiesta a pura diversión. La parroquia, que comparte la vida cotidiana de la gente, debe introducir en esa vida el verdadero sentido de la fiesta que abre a lo trascendente.

Una ayuda particular conviene dar las familias a fin de que el día festivo fortalezca su unidad mediante relaciones más intensas entre sus miembros; el día del Señor es también el día de la familia.

Procurar de una manera especial *la calidad de las misas los domingos y festivos*: el equilibrio entre la Palabra y los Sacramentos, la atención a la forma de realizar las acciones rituales, a la mejora de los signos, a la relación entre la liturgia y la vida. La Palabra, en la proclamación y la homilía, ha de exponerse de acuerdo con el significado de los textos y teniendo en cuenta las circunstancias de los fieles, ya que alimenta la vida de estos en la semana. El rito debe ser respetado, sin interferencias indebidas o cambios. Los signos y gestos sean verdaderos, dignos y expresivos, a fin de que se pueda captar la profundidad del misterio; no sean reemplazados artificiosamente; hablan por sí mismos y no soportan la acumulación de explicaciones; con lo cual se salvaguarda la dimensión simbólica de la liturgia. La celebración tiene un ritmo al que no convienen ni prisas ni retrasos, y exige equilibrio entre palabra, canto y silencio. El silencio requiere su tiempo porque es componente esencial de oración, así como también hay que dedicar tiempo a la educación para ésta; apréciese el canto que una el arte musical con el texto adecuado.

Es importante cuidar el lugar de la celebración, para que sea acogedor, y la fe encuentre en él una digna expresión artística. Necesitamos, en definitiva, una liturgia al mismo tiempo seria, sencilla y bella, que sea vehículo del misterio, sin dejar de ser inteligible, capaz de narrar la alianza eterna entre Dios y los hombres. No falte en cada parroquia una cuidadosa preparación de las celebraciones, con la participación de los diferentes ministerios y servicios, con respeto al papel de cada uno de ellos,

empezando por el propio del sacerdote presidente, sin menoscabo del de los seglares. Para que las celebraciones sean dignas y fructuosas hay que tomar en consideración el número de ellas, los horarios y su distribución en el territorio. No falten otras formas de oración, litúrgica o de ejercicios piadosos, transmitidas por la tradición, para prolongar durante la jornada festiva el diálogo con el Señor, en la iglesia y en la familia.

El día del Señor es también un tiempo de comunión, de testimonio y de misión. Mirarse en el espejo de la palabra de Dios y revitalizar la confesión de la fe en la celebración eucarística debe conducir al fortalecimiento de vínculos de fraternidad, y a incrementar la entrega al Evangelio y a los pobres. Esto implica la natural convergencia de todos en la comunitaria celebración parroquial.

Las parroquias también ofrecerán ocasiones de convivencia que den expresión concreta a la comunión, y fortalezcan la conexión entre la celebración y la expresión de la fe en la caridad. De este modo, en la fiesta, la parroquia contribuye a dar valor al "tiempo libre", ayudando a descubrir su sentido mediante actividades creativas, espirituales, de comunión, de servicio.